

A photograph of a man with glasses and a white suit, speaking into a microphone. He is holding a book in his left hand. The background is dark.

**PREDICADOR**  
por Jimmy Swaggart

# **EL**

---

# **PREDICADOR**

por  
**Jimmy  
Swaggart**



Javier García E.

**Versión castellana: Edwin Sipowicz**

**Este libro fue publicado originalmente en inglés  
con el título de *The Preacher*.**

**© 1981 by Jimmy Swaggart Ministries**

**Edición en idioma español**

**© 1982, Jimmy Swaggart Ministries**

**Baton Rouge, Louisiana 70821**

***Reservados todos los derechos.***

# PREDICADOR

*“No sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”  
(1 Corintios 9:27).*

## ELIMINADO

El apóstol Pablo ha sido denominado el más admirable modelo de cristiano que haya existido. Estoy plenamente de acuerdo con esa afirmación. En 1 Corintios 9:19-27 nos encontramos con una extensa lista de atributos que Pablo recomendó para toda persona que aspira a predicar el evangelio. Concluye su análisis (inspirado por el Espíritu Santo) afirmando que cabía la posibilidad de que él fuera eliminado. En otras palabras: descalificado, rechazado, arrojado. El vocablo griego utilizado es *adokimos* que se traduce por “desaprobado”. ¡Cuántos predicadores hay que han ignorado las palabras de Pablo y por ello han arruinado sus ministerios! Y me refiero a predicadores a quienes Dios puso su mano sobre sus corazones y, a pesar de ello lo perdieron todo. Me siento movido por Dios para dirigirme en esta oportunidad a los numerosos predicadores de la Palabra que pudieran estar en peligro de caer presa de los lazos contra los cuales nos advierte Pablo.

## I. Advertencias

Sin olvidar la oración y el estudio de la Palabra de Dios, creo que el elemento irremplazable para cualquier predicador del evangelio es el *carácter*. Pablo le dijo a Timoteo que debía ser un ejemplo para los creyentes. Timoteo era joven y, en efecto, Pablo decía: "Si no perfeccionas estos rasgos cuando eres joven no los perfeccionarás cuando llegues a viejo". Tenemos que desarrollar hábitos de oración en nuestra juventud. Tenemos que hacer del estudio de la Palabra una rutina cuando somos jóvenes. Ese es el período en que se forma el carácter. La Biblia pone al predicador como un ejemplo. Y no podemos ser ejemplos si nuestra conducta no es la que debiera ser. Esto constituye la base de un *provechoso* servicio para todo predicador del evangelio. Resumiéndolo en una sola frase: lo esencial para ser un buen predicador es, ante todo, ser un buen hombre.

Años atrás, en un seminario bíblico, un excelente predicador expresó la siguiente opinión: dijo que el mayor elogio que se puede hacer de un predicador del evangelio

es decir que es un buen hombre. En aquella oportunidad yo era un predicador joven y nunca he olvidado aquellas palabras.

## UN GRAN PELIGRO

Al iniciar este mensaje hay un punto sobre el cual quiero hacer hincapié. A veces los predicadores jóvenes son inducidos a error al percatarse que Dios los bendice cuando en realidad no han pagado el precio para hacerse acreedores a las bendiciones recibidas. No oran ni estudian la Palabra de Dios, *ni* se preparan como debieran. A pesar de ello Dios los bendice. Desgraciadamente esto suele llevarlos a pensar que pueden *continuar* actuando de esa manera. En su cuenta espiritual viven en la columna del débito. Cuando finalmente se los llama para poner en orden sus cuentas, se produce la bancarrota espiritual y cesan las bendiciones.

Dios bendice a los hombres por un tiempo, *a pesar* de los defectos de su vida. Dios utilizará a un predicador por un tiempo *a pesar* de su carácter violento. Pero si no se disciplina Dios dejará de usarlo. Eventualmente Dios lo descalificará.

Pablo dijo: *“Debo estar en guardia. Debo golpear este cuerpo pecaminoso y someterlo.”* En Romanos 8:13 nos exhortó a destruir las obras de la carne. Y hablando de su cuerpo afirmó que *“lo pongo en servidumbre”* (1 Corintios 9:27).

En la vida de un predicador pueden coexistir problemas de celos, de envidia, de malicia y de otros defectos, y por un tiempo ser bendecido por Dios. Pero insisto enfáticamente: *¡tarde o temprano tendrá que resolver estos problemas!* La Palabra de Dios nos brinda la solución y el Espíritu de Dios tiene que ejercer completo control sobre nosotros. De no resolverse esos problemas, después de un cierto tiempo Dios nos dejará de lado. Al respecto la Biblia nos advierte una y otra vez. En Apocalipsis 3:11 dice así: *“Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.”*

Pablo escribió en 2 Corintios 13:5: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos.”*

Proverbios 4:23 nos dice: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”*

El predicador debe estar en permanente guardia respecto a su corazón. La Palabra de Dios nos llama repetidamente a la reflexión de que los cristianos, y especialmente los predicadores del evangelio, pueden caer en las garras del pecado y perder su recompensa. Hasta pueden perder su alma. Serán dejados de lado y *eliminados*.

## **II. Grandes personajes de la Biblia que fueron lastimados por el pecado**

A veces grandes hombres de Dios, llenos del Espíritu Santo y utilizados por Dios, tienden a perderle miedo al pecado. Bien es cierto que comprenden los rudimentos de la gracia. Saben que Dios perdona el pecado. Pero piensan que de alguna manera *son* inmunes a los estragos que produce. Desgraciadamente el pecado destruirá al más vigoroso predicador del evangelio de la misma manera que lo hace con el más débil de los cristianos.

Tenemos el caso de David, el “varón conforme a su [de Dios] corazón”. Fue ungido por el Espíritu y bendecido con los maravillosos salmos de Dios. Fue escogido para

ser uno de los antepasados de nuestro Señor Jesucristo. Pareciera que habría de ser inmune a las tentaciones. Sin embargo, asesinó a Urías, el esposo de Betsabé. ¿Cómo pudo haber hecho semejante cosa?

Pero lo hizo. Escuchemos su *agonía* en el Salmo 51. Se refirió a sí mismo en el Salmo 69, como tema de la canción de bebedores. Sus acciones sacudieron a la nación de Israel y como resultado de todo ello murió una criatura. Se sumergió de cabeza en el cenagal del pecado. A pesar de haber sido utilizado por Dios de manera formidable y maravillosa, el pecado aún rondaba en lo más recóndito de su vida. ¡Y puede rondar en la vida de cualquiera de nosotros!

Tomemos el caso de Moisés. Es tal vez el personaje más impresionante de todo el Antiguo Testamento. La Biblia dice que fue el más humilde de los mortales. No obstante ello, un día perdió la paciencia por las permanentes quejas de su pueblo. Moisés golpeó la roca y de la roca surgió agua. Luego, diecisiete años más tarde, Moisés se encontró casi en el mismo sitio. No era necesario que la roca fuera nuevamente gol-

peada. Dios le ordenó que *le hablara a la roca*.

Era tipo de Jesucristo. Una vez que el Señor fue crucificado, no tiene que ser *nuevamente* crucificado. Moisés entendió la importancia de este hecho. Lo entendió mejor que ningún otro ser humano en el mundo. Pero había perdido la paciencia. ¡Estaba enojado! Había soportado la rebelión hasta el hartazgo y no lo aguantaba más. Y en directa desobediencia a Dios ¡tomó furioso su vara y *golpeó* la roca! El agua salió a borbotones. En otras palabras Dios le dijo a Moisés: “No permitiré que el pueblo muera por causa de *tu* error. Pero tú, Moisés, has perdido el pasaje a la Tierra Santa.” Moisés fue ungido y tocado por Dios, y no obstante ello el pecado hizo de las suyas. Y puede hacer lo mismo en nuestras vidas.

Veamos el caso de Salomón. Fue el más sabio de todos los sabios que hayan vivido en este mundo. Su sabiduría espiritual la recibió del propio Dios. Creo que al final retomó el buen camino. Pero destruyó lo que pudo haber sido maravilloso, y todo ello debido al pecado. Desobedeció a Dios. Este hombre a quien se le apareció Dios ofre-

ciéndole cuanto deseaba, se extravió debido al pecado. ¿Somos nosotros más sabios que Salomón?

### **III. He visto caer hombres**

Recuerdo años atrás a un predicador en particular, utilizado por Dios como muy pocos hombres lo han sido en el mundo. Miles de personas fueron salvadas por su ministerio. Realizó en ultramar obras maravillosas para su Maestro. Sin embargo, triste es decirlo, recuerdo el día en que fue arrestado por la policía de la ciudad de Knoxville por conducir su automóvil en estado de ebriedad. Me sentí sacudido hasta las más profundas fibras de mi alma.

Más tarde supe que era un problema que nunca pudo solucionar. Hablé con muchos predicadores que lo conocían. Hablé largo y tendido con el pastor de la iglesia a la que asistía antes del incidente de Knoxville. Este pastor admitió que sabía que "algo" andaba mal, pero no sabía qué. Por supuesto que algo andaba muy mal. Su problema era la bebida.

Alguien podría preguntar: “¿Es posible que un predicador del evangelio, que ha sido ungido por el Espíritu Santo, tenga un problema de bebida?” Es algo horrible de admitir, pero sí, ocurre a veces.

Le formulé a un predicador del evangelio muchos años mayor que yo, la misma pregunta. ¿Cómo podía seguir predicando este hombre? ¿Cómo es que ministraba a los demás? ¿Cómo podía ver resultados? El predicador me lo explicó de la siguiente manera:

“Hermano Swaggart, estoy seguro que derramó abundantes lágrimas por este tremendo mal que tenía en su vida. Estoy seguro que le prometió a Dios muchas veces no beber más. Era una terrible lucha.” Claro está que Dios es un Dios paciente y misericordioso. Dios no nos arroja a un lado no bien tropezamos. Es tierno con nosotros: paciente, tolerante y compasivo. Hará todo lo posible por *volvemos* al sitio donde debemos estar. Gracias a Dios que es misericordioso. Si no lo fuera, ¿dónde iríamos a parar nosotros?

Debemos tener en cuenta lo siguiente: aún cuando un predicador haya sido tocado por

Dios, no es distinto de cualquier otra persona. Está sujeto a las mismas tentaciones. Y, para ser honestos, digamos que probablemente está sujeto a más tentaciones que los demás. Si el diablo logra destruir al pastor de una iglesia, perjudica a toda la iglesia. Si el diablo logra destruir a un poderoso evangelista, logra destruir su benéfica influencia en las vidas de miles y miles de personas. Por eso debemos orar por los pastores que nos pastorean. Todos los demonios del infierno arremeten contra ellos.

Hablé largo y tendido con Gordon Lindsey (poco antes de que muriera) con referencia a la muerte del predicador alcohólico. Era íntimo amigo del hermano y le aconsejó que confesara lo que había hecho. Sería una píldora amarga de tomar, pero Gordon Lindsey le aconsejó que confesara su culpa, que pidiera ser perdonado. Sin duda sería un duro camino a recorrer, pero tenía que transitarlo.

“Si haces esto”, le sugirió Lindsey, “Dios te traerá de vuelta, te reivindicará de la ira de la oscuridad.” Pero, triste es decirlo, no tomó ese camino. Tomó en dirección opuesta negando su culpa y restándole importan-

cia. Ofendió a cuantos lo rodeaban. De más está decir que su ministerio se deterioró completamente y murió en una lastimosa condición... ¡descalificado!

Recuerdo a otro gran hombre de Dios. Cuando yo comenzaba a predicar, muchos años atrás, era uno de los más vigorosos predicadores en todo el mundo. Las muchedumbres que lo escuchaban sumaban seis, siete, ocho y hasta diez mil personas todas las noches. Y esto ocurría en una época en que era desacostumbrado congregarse semejante cantidad de oyentes. Dios lo utilizó poderosamente. Pero tenía un problema en su vida. No haré mención de su *particular* problema, pero existía. Dios le habló a uno de los grandes predicadores de aquella época: si estos problemas no se resuelven, este hombre morirá. No corrigió sus problemas y murió a temprana edad... ¡descalificado! Era un pastor que pudo haber tocado los corazones y las vidas de millones de personas. Pero perdió.

Tiempo atrás estuve en un restaurante en Dallas, Texas. Me dirigí al fondo del comedor para hacer una llamada telefónica y un hombre se acercó a mí. Su ropa estaba sucia. Una

barba de varios días cubría su rostro. No se había peinado el cabello.

Se acercó a mí en su andrajosa condición y preguntó: "¿Es usted Jimmy Swaggart?" Cuando asentí me dio su nombre.

Quedé paralizado. Nunca lo había conocido personalmente, pero tenía muchas referencias de él. En un tiempo fue uno de los grandes hombres de Dios. Se contaban por miles las personas que acudían a sus reuniones, durante las cuales Dios realizó portentosos milagros. Pero perdió.

Perdió porque nunca se dio a la tarea de anular los defectos de su vida. A menudo pienso en él. Vuelve el recuerdo, una y otra vez, de aquella escena en el restaurante frente a la cabina telefónica. Un descalificado, caído, destruido, un naufrago.

El predicador *debe* estar en permanente vigilia, no sea que lo descalifiquen.

#### IV. ¿Cuáles son los senderos ruinosos?

### EL AMOR AL DINERO

El amor al dinero es una tentación que todo predicador experimenta. Me gusta pen-

sar que Dios me ha brindado una excelente capacidad financiera. Hemos podido dirigir nuestra organización por varios años y el Señor nos ha ayudado para mantener intacta nuestra solvencia sobre bases firmes y prácticas. Doy gracias a Dios por ello.

Cuando Dios le concede a un hombre capacidad empresarial, existe siempre latente la tentación de que ese hombre (aún cuando sea un predicador del evangelio) utilice su capacidad en *otras* áreas. Siente la tentación de comprometerse en actividades lucrativas, al margen de su principal actividad: construir departamentos, comprar bonos y acciones o entregarse a otras actividades financieras.

Todo ello constituye un peligro. La Palabra de Dios nos dice que no debemos enredarnos en las cosas de este mundo. Tuve que resolver este problema años atrás. El diablo procuró persuadirme que utilizara *parte* de mi capacidad en actividades comerciales. Por supuesto que podía continuar predicando el evangelio en las reuniones. Pero al mirar atrás soy claramente consciente de que habría sido un tremendo obstáculo. Nuestras cargas y esfuerzos no deben dividirse. Des-

graciadamente sí están divididas en *muchísimos* predicadores.

Conozco predicadores que son dueños de estaciones de servicio para automóviles, de haciendas de ganado, de granjas y de empresas constructoras. No los condeno. Pero afirmo que no es lo más conveniente. Dios nos ha llamado a la máxima vocación. Por lo tanto tenemos que hacer todo lo posible para brindarle a Dios veinticuatro horas diarias siete días a la semana. No hay otra manera en que Dios nos acepte y nos conceda el *pleno* derramamiento de su Espíritu en nuestras vidas y en nuestros corazones.

## **PREDICADORES MAL PAGADOS**

Es un problema muy generalizado. Con todo, no nos brinda el derecho de dividir nuestro tiempo con proyectos y esfuerzos para lograr más dinero. No es correcto y no creo que al Señor le agrade.

A nadie le gusta carecer de fondos. Pero no creo que padezcamos tanto como nos imaginamos. Claro está que deseamos una hermosa casa para nuestra familia. Nada de malo en ello. Queremos hermosos muebles

que hagan juego con la casa. Tampoco está mal. Queremos ropa de buena calidad y automóviles. Todas estas cosas, en sí mismas no son malas. Pero no bien comenzamos a diluir el gran llamado de Dios en nuestras vidas en busca de posesiones materiales, ése es el momento en que perdemos el rumbo.

Sin excepción alguna, cuando los predicadores del evangelio se comprometen en actividades comerciales al margen de su vocación espiritual, es seguro que se debilita su ministerio. No conozco a un solo predicador del evangelio que haya coronado con éxito su compromiso con Dios y su actividad comercial. No ocurre así en la realidad. Dios nos ha llamado a predicar, no a vender caballos, ganado, gasolina, bonos, acciones, etc. Y si tenemos que privarnos de algunas cosas de este mundo, es un precio muy reducido a pagar para obtener lo mejor de Dios en nuestros corazones y en nuestras vidas.

## **V. Irresponsabilidad en lo que atañe a las deudas**

Descuidar las obligaciones contraídas con el fisco significa la ruina de cualquier pre-

dicador del evangelio. No hay forma en que una persona pueda contar con el unguimiento del Señor en su corazón y al mismo tiempo ser negligente en sus obligaciones monetarias. Un predicador del evangelio debe poseer el dinero *antes* de gastarlo o de lo contrario contar con la máxima certeza de que llegará en el momento oportuno. No debe sobrepasar su cuenta abierta con el argumento de "confiaré en el Señor en esto". Sí, debemos confiar en el Señor que nos conceda el dinero contante y sonante para nuestras necesidades. ¡Pero si no podemos pagar al contado, *no compremos!*

Mi esposa y yo no tenemos cuentas abiertas. Vivimos modestamente. Si no tenemos el dinero para comprar algo, *¡no lo compramos!* Pienso que las cuentas abiertas y el pago en plazos, constituyen la ruina de muchos predicadores. Los predicadores deben derrotar esta tendencia pecaminosa para evitar ser descalificados.

Días pasados estuve en la oficina de mi banquero. Se ha mostrado siempre amable con nuestra organización. Dijo algo que nunca olvidaré: —Predicador, ¿sabe usted quié-

nes son los tres peores pagadores en el ámbito bancario?

Reconocí que no lo sabía. —Los llamamos “los tres P” —me dijo— es decir, predicadores, pintores y prostitutas.

No pude evitar reírme. Nada sé de pintores y de prostitutas. Pero me consta que decía la verdad cuando se refería a los predicadores. Y no es cosa de tomarlo a risa.

Tenemos que ser ejemplo de los demás. Sin embargo, triste es decirlo los miembros de muchas iglesias tienen que recorrer la ciudad pagando las deudas personales en que han incurrido sus pastores. Esto es espantoso. ¿Por qué tienen esta reputación los predicadores? Nuestra palabra debería tener el valor de un documento.

Nuestra organización ha pagado muchísimos miles de dólares en cuentas que realmente no adeudábamos. Pero lo hicimos para no traer afrenta a la Palabra de Dios y al reino de Dios. La irresponsabilidad de los predicadores al incurrir en deudas daña la obra de Dios, daña el evangelio y dañará al *predicador* del evangelio.

Es de suponer que en algún momento de su vida todo individuo “afloja” en su ac-

cionar. Se ve imposibilitado de pagar las deudas que ha contraído. Pero si las ignora y no hace nada al respecto, ¿qué tipo de ejemplo es para los demás? No testifica para Cristo cuando rehúsa contestar el teléfono o pretende que la situación es inexistente.

Más valiente es llamar a nuestro acreedor e informarle que no disponemos del dinero necesario para pagarle, pero que le pagaremos y lo habremos de hacer en el menor tiempo posible. Esta actitud demuestra honestidad y responsabilidad. ¿Pero cuántos predicadores actúan de esa manera?

No quiero crear la impresión de que la mayoría de los ministros de Dios obran así. No es así. Pero recordemos que una sola manzana podrida puede arruinar el barril.

## **PEREZA**

Rara vez el predicador del evangelio tiene que rendir cuentas a alguien. Nadie le dice a qué hora debe dirigirse al trabajo, y nadie le dice cuándo suspender sus tareas. Nadie le pregunta cuántas horas semanales trabaja.

Es por ello que el predicador que no se ajusta a una estricta disciplina, se verá en

problemas. El Señor dice que llamó *obreros* para la cosecha. No llamó holgazanes. Todo hombre de Dios que hace lo que Dios quiere que él haga, será un esforzado trabajador. No hay vuelta de hoja.

Informo a mis oyente en reuniones gigantescas a lo largo y a lo ancho del país, que si su pastor tiene que jugar al golf dos o tres veces por semana, deben desprenderse de ese pastor o buscar otra iglesia.

Trabajar para el Señor Jesucristo es la tarea más compensatoria que hay en el mundo. También es la tarea más agotadora del mundo. El predicador del evangelio que hace todo lo que debe hacer, por lo general se levanta al rayar el alba. Y muchas veces su jornada termina cuando todos los demás están en cama. No hay otra forma de hacerlo.

Muchos predicadores me han preguntado: “¿Cómo puede hacer todo lo que hace?” Tenemos que grabar programas para más de seiscientas radioemisoras y programas televisivos para casi trescientos canales de televisión. Tengo que publicar THE EVANGELIST (El Evangelista) todos los meses. Tenemos que grabar discos y cintas, aparte

de mil y una exigencias para que marche una organización del tamaño de la nuestra.

Cuento con ayuda eficiente y espléndidas personas que trabajan conmigo. Pero soy yo el que dirige. En la obra de Dios no hay cabida para predicadores holgazanes. Para decirlo de manera objetiva, digamos que muchos predicadores no son utilizados por Dios por la sencilla razón de que son perezosos. No se toman el tiempo necesario para estudiar la Palabra de Dios. No se toman el tiempo suficiente para orar. No se toman el tiempo necesario para hacer las cosas que deben hacer.

Para ellos es demasiado esfuerzo. Son perezosos. Tienen tiempo para sentarse a cenar y contar chistes durante horas. Tienen tiempo para jugar al golf durante horas o para pescar. Pero no tienen tiempo para hacer las cosas que deben hacer.

En forma moderada no hay nada de malo en las cosas que hemos mencionado. El predicador del evangelio *debe* tomarse descanso y solaz. Pero las distracciones deben ocupar la menor parte de nuestras vidas. Muchos las transforman en su *principal* actividad.

## **COMPROMETER NUESTRAS CONVICCIONES**

El predicador del evangelio debe cuidarse, en todo momento, de comprometer sus convicciones. Es posible que sea el mayor problema del ministerio en el día de hoy. Aún los predicadores no son inmunes a la influencia de lo que los demás creen de ellos. No queremos que piensen que somos anticuados, fuera de época o que estamos fuera de foco.

Queremos que piensen que estamos “al tanto” de todo cuanto ocurre. Queremos aparecer como espiritualmente sofisticados. Consecuentemente tenemos la tendencia de inclinarnos demasiado por el liberalismo. Al hacerlo así perdemos el toque de la mano de Dios.

Los predicadores llenos del Espíritu tienen el privilegio de transmitir el inmenso poder de Dios valiéndose del Espíritu Santo. Hay una sensación de poder creativo en las cosas que hacen. Es una inefable sensación.

Si no somos cuidadosos podemos perder nuestra perspectiva. En razón de que contamos con los dones del Espíritu, de que la presencia de Dios fluye en nosotros, y de

que hemos sido ungidos vigorosamente por el Espíritu Santo, podemos olvidarnos de ser cautelosos respecto a temas mundanos. Podemos descuidarnos respecto a beber en las reuniones sociales, a ir al cinematógrafo, a bailar y cosas por el estilo.

Cuando algunos predicadores lean esto seguramente sonreirán. Es demasiado "anticuado" para hablar de ello en estos días. Mejor no mencionar esas cosas. No queremos ser confundidos con el grupo de "santurriones". Cedemos un poquito aquí y un poquito allá, y bien pronto nos quedamos sin pautas. Todo cabe. Es lo que ocurre hoy en día en muchas iglesias pentecostales. Desgraciadamente una pequeña puerta que se deja abierta permite que abandonen el corral todas las vacas.

Existe la tendencia de amoldarnos en lo que se refiere al culto. Iglesias que una vez creyeron en el vigoroso derramamiento y poder de Dios prohíben a sus miembros que alaben al Señor. Bien está que afirman que lo alaban. Pero ocurre en una *atmósfera* controlada. Al Espíritu de Dios se le permite *algunas* veces hacer las cosas a su manera, y otras veces las hacemos a la manera nues-

tra. No queremos ofender a la gente. Olvidamos que el propio evangelio es una ofensa. ¡Jesucristo es una ofensa!

Tenemos la tendencia a olvidar que si hay algo que hará que la gente se allegue al Señor Jesucristo, no será *nuestra pulida y pulcra presentación*. ¡Será el poder tangible del Todopoderoso Dios! Pero nos avenimos. Y ello hace que el predicador del evangelio pierda su eficacia. Bien sé que podrá continuar como pastor de una iglesia numerosa. Puede ser que mucha gente concurra a escucharlo. Pero a los ojos de Dios es un descalificado.

Es alarmante, en la actualidad, la cantidad de predicadores dados a las bebidas alcohólicas y que sufren problemas en otras áreas. Estoy plenamente persuadido que si el gran movimiento pentecostal, en el día de hoy, no realiza un gran avivamiento del Espíritu Santo, a la antigua, transitaremos el mismo camino que han transitado tantas otras iglesias. Si no hacemos algo al respecto, y pronto, tendremos profesores en nuestros colegios y universidades que enseñen que Jesucristo no es el Hijo de Dios. Dirán que la Biblia no pasa de ser un mito.

Si bien levantamos nuestros brazos en total desesperación cuando pensamos en lo que habrá de ocurrir, estamos al borde de que esas cosas sucedan.

Nadie aprecia a los individuos fanáticos y santurriones que se especializan en el arte del legalismo. No se trata de eso aquí. El Espíritu Santo lo situó en su correcta perspectiva cuando dijo que *cada uno debe ocuparse de su propia salvación* (Filipenses 2:12). ¡Pero hay algunas cosas que de ninguna manera debemos hacer! No tiene sentido discutir sobre ello ni andarnos con quisquillas, simplemente no las hacemos. Y no se requiere mucha inteligencia para saber *por qué* no las hacemos. El contemporizar es la causa de que en estos momentos muchos predicadores sean eliminados o descalificados.

## **FAMILIARIDAD CON EL SEXO OPUESTO**

El sexo ha constituido una tentación desde el comienzo del tiempo. Fue la ruina de David, fue la ruina de Salomón, y ha sido la ruina de *muchos* grandes hombres de Dios. Los predicadores corren mayor peligro que

el hombre común. Tenemos las mismas tentaciones que los demás hombres, y también algunas tentaciones *añadidas*.

El predicador del evangelio actúa en el ámbito del corazón. Es el ámbito de la *emoción*. El predicador derrama su alma. Ama a la gente. Corre tras ella. Ora por las personas. Trata de alcanzar a los pecadores. Procura ayudar a los enfermos, a los sufrientes, y a los apesadumbrados. Y a veces siente que en su constante dar nadie le retribuye. En ese sentido es especialmente vulnerable. Se las tiene que ver con problemas del corazón y, *debido* a ello, siente que lo agobia la soledad.

Sospecho que así ocurren las cosas aún cuando el predicador del evangelio tenga a su lado una buena, amable y magnífica esposa. A pesar del apoyo que le presta la esposa, hay un área en el ámbito espiritual vedada a todos que no sea uno mismo. Se encuentra solo la mayor parte del tiempo. No hay otra manera de actuar. Así fue con todos los que le precedieron y así será con todos los que le sucedan. Siente agudamente esta soledad. De ahí que se torna un poco más susceptible a la mujer que se le acerca

amablemente queriendo hacer algo *especial* para él.

Y es preciso decir algo más. El predicador del evangelio está rodeado de cierto encanto que no poseen por lo general los demás hombres. Es un profeta de Dios y hay muchas mujeres que dirán: "¡Si tan sólo me hubiera casado con un hombre como él, un siervo de Dios, hubiera sido más feliz de lo que soy!" Por lo tanto el predicador puede hacer pecar a una mujer con el encanto y la prestancia que emana de su persona.

Las mujeres están hechas para ser seguidoras de los hombres. Los hombres no son mejores que las mujeres y las mujeres no son mejores que los hombres. Pero de acuerdo a la Palabra de Dios, ellas deben ser *seguidoras* del hombre.

Muchas veces una mujer puede pensar que el predicador es un buen hombre puesto que predica el evangelio. No está realmente en guardia. Será más franca con él y confiará más en él que en ningún otro hombre en el mundo. Con frecuencia le dice al predicador cosas que no diría a su esposo. Por lo tanto el predicador debe ser extremadamente cuidadoso con el sexo opuesto.

En primer lugar, el predicador debe vigorizar su carácter cristiano. Todos los días debe encontrarse a solas con Dios y sumergirse en su Palabra. Tiene que orar a Dios para que lo ayude a transitar los senderos que debe transitar. La única salvaguardia radica en la diaria lectura de la Palabra de Dios, y en el diario encuentro *con* Dios en oración.

Y hay algo más respecto a la oración. Debemos buscar un lugar secreto para orar. No descuidemos ese detalle. Retornemos a ese sitio día tras día, hora tras hora. Volvamos una y otra vez. Aclaremos las cosas con Dios. Pongámonos de acuerdo en todo. Este secreto lugar de oración constituye la *potencia* del ministro del evangelio.

En segundo lugar, los predicadores deben amar a sus esposas. Soy consciente que esta afirmación puede parecer una vulgaridad porque la mayoría de los predicadores dirían: "¡Por supuesto que amo a mi esposa!" Pero de no constituir un problema, el Espíritu Santo no habría dicho por la pluma de Pablo: "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Efesios 5:25).

Claro está que agradecemos a Dios por nuestras esposas. Hacen cuanto les sea posible para mantenerse esbeltas y atractivas. Pero por más que se esfuercen, llegará el día en que sus cabellos se pintarán de gris. Llegarán las arrugas. No serán tan seductoras como solían ser. Estarán ocupadas con los niños, o los niños han crecido y las esposas envejecen. Ese es el momento en que el amor del esposo por su esposa tendrá que ser como el amor de Cristo por la iglesia.

Soy un evangelista y me enfrento a grandes multitudes. Supongo que un evangelista es siempre una tentación para las mujeres. He aprendido, por propia y dura experiencia, que los llamados telefónicos en cultos de avivamiento, debe atenderlos mi hijo u otros miembros del equipo. Jamás los atiendo personalmente. Si se trata de algo muy importante consultarán conmigo.

Algunas personas no entienden esto. He sido criticado por ello. Algunos comentan: "Resulta imposible llegar a él. Se ha hecho demasiado grande, ni siquiera se puede *hablar* con él." Por supuesto que no es ésa la razón. La razón de ello es que muchísimas veces cuando llamaba el teléfono y yo levan-

taba el receptor, era una joven que tenía un “problema”.

Muchas veces estos “problemas” terminan en peligrosas conversaciones. Por ello soy sumamente cuidadoso y cauto con las llamadas telefónicas.

Claro está que hablo como predicador. No hablo por boca de pastores. Soy muy cuidadoso de las conversaciones que sostengo, porque entiendo que se trata de un área peligrosa. Muchos grandes pastores han destruido sus ministerios y sus vidas porque trataron de aconsejar en aspectos que deben atenderse desde el púlpito.

A. N. Trotter dijo algo que nunca olvidaré. Sostuvo que los predicadores, sentados hora tras hora escuchando una triste historia de infortunio tras otra —inmundicia, suciedad, todos los problemas que se refieren a la raza humana— se sienten afectados. Se introduce en el subconsciente, y son muchos los que han caído por ello. La tentación se torna imperiosa. El marido no entiende, pero el *pastor* comprenderá. La señora hace su apelación y el daño se produce. Muchos grandes ministerios han caído debido a ello.

Continuó diciendo Trotter que el problema se resuelve por la predicación de la Palabra de Dios. Se admite que hay casos en que es necesario aconsejar. Pero no al grado en que se practica en el día de hoy. Si una persona toma asiento y escucha a un ungido predicador del evangelio, y el predicador *sabe* cómo predicar la Palabra, la Palabra de Dios solucionará el problema. Y si la Palabra de Dios no puede resolverlo, nadie lo resolverá.

De modo que el predicador del evangelio tiene que cuidarse del sexo opuesto. Podría relatar incidente tras incidente, experiencia tras experiencia, que han ocurrido en los corazones y en las vidas de muchas personas. No lo haré. Resulta sórdido y sucio. Es por ello que el predicador debe ser muy cuidadoso y evitar toda familiaridad con el sexo opuesto. Puede significar su descalificación. Puede ser destruido por su falta de discreción.

## **MAGNIFICO LLAMADO**

Dios nos ha dado una noble vocación. Consideraría un descenso cambiar la predica-

60-026  
SPANISH